



Homenaje Póstumo

Alberto Guerra: "Puerto

Despedida a Alberto Guerra Gutiérrez

Poesía que es árbol de vida.

¿Qué es la muerte? Un monstruo o un alivio de esta vida? Esa separación de la carne y del espíritu debe *convocarnos* para que cada uno de nosotros aquí en la tierra siembre y conserve la espiga de la luz y que la muerte no nos apague en el tiempo y el olvido.

Alberto Guerra Gutiérrez desde su sinceridad y honradez en los espacios que le tocó desempeñarse, mostró su inconfundible vocación de servidor, tenía toda la voluntad de enseñar. No en vano fue Maestro. Maestro no sólo de niños, también de grandes, aprendimos de su disciplina que la amistad no se limita al pensamiento, la amistad permanece más allá de la vida, ¿acaso no recordamos con homenajes, con responsos a quienes quisimos y que sus espíritus profundos nos llevan a describirlos?

Alberto fue y seguirá siendo guía en nuestro movimiento de Poetas, su ausencia debe fortalecernos, ya que como impulsor para los libros el PEN (Organización mundial de Poetas), los temas con que cada año eran publicados, estaban cargados con ese torrente de poesía, la palabra que respiraba cuando hablábamos de libertad como escribió El Quijote, "que nada iguala ni se compara a la libertad".

Seguiré el camino, tu huella indeleble de seguir defendiendo la libertad con la única arma que tenemos los poetas y escritores: La Palabra.

"Vida sin amigos, muerte sin testigos". Betto: vuelves a la casa del Creador, dejas muchos amigos, hoy entristecidos por tu pronta partida, esperamos el turno cuando llegue la hora y pare el reloj del corazón. Paz en tu tumba. Adiós.

Marlene Durán Zuleta



Con el entendimiento de un niño, ¡Amigo Mío!

Tengo mi mente impregnada de tu tierna sonrisa, tu gorra de paño fino y tus bromas de porte preciso y oportuno, cada mes, por años, llevándome de la mano como un padre que lleva a su hijo por el sendero de las letras que dicta el corazón.

Tus entrañables amigos, con mucho tino te han dicho que eres un gran árbol y un verdadero río. De ninguna manera podría contradecir esos símiles; fuiste río bravo de aguas claras y caudalosas, cuyas corrientes permitían navegar con gozo incluso a un pequeño barco de papel de inocente niño. ¡Cuántos navegantes recorrimos seguros y felices tus inefables torrentes! Como gran árbol que fuiste, firme y frondoso, me ofreciste el fresco de las sombras de tu regazo y los dulces frutos que produjiste, siempre disponibles a cuanta ave se cobijara en tus copas; esos frutos eternos permanecerán en mi dieta tanto en tiempos difíciles como en los de ventura. En las primaveras de tu vida abriste los pétalos de tus flores para que liben el néctar de tus poesías cuanto picaflor alborotado percibiera tus perfumes. En los gloriosos veranos, los deliciosos frutos colgados de sus intrincadas ramas fueron deleite para toda alma que reclama amor, justicia y sabiduría. ¡Ah! Te comento que tus semillas desparpamadas con los vientos otoñales de tu Oruro amado, ya hicieron germinar por doquier nuevas plantas de amor y verdad. ¿No es maravilloso? No logro recordar ningún invierno de altiplano por más gélido que fuera, que congelara o cambiara el tamiz de tu mullido follaje. ¿Qué poderes extraños lograron forjar tu temperamento?

Estoy seguro, y así me lo confirman las huestes etéreas de la naturaleza, que los Achachilas a quienes veneraste en todo tiempo y lugar, entre coca y folklore, desde el epicentro del Colpasa hasta la corona del Sajama, en contubernio con los dioses del Olimpo, te convocaron Intempestivamente para el deleite y gozo de estos Inmortales caprichosos e impredecibles. ¿Será que sus poesías y juglares se sumieron en los botes de Baco para embriagarse y dormirse de aquellos sus desenfrenos divinos? Observo que los Indescribibles tuvieron que recurrir a la emergencia y a sus descomunales fuerzas para arrastrarte hacia ellos, sin tu consentimiento y ni tiempo de alistar tus alforjas eternas, ¡ni para el beso de adiós de tu amada Cella! ¿Quién podrá olvidar los furiosos vientos de aquella tarde gris? ¡Casi arrancan la ciudad desde sus raíces para llevarse al poeta, al Faro de Conchupata, al Socavón y a todos tus recuerdos Urus! ¿Qué podría hacer yo amigo mío? Comprenderás que sólo soy un frágil mortal que disfrutó tu amistad, que apreció tu justicia y sabiduría, pero que no pudo retenerne ni un momento más, ni siquiera para celebrar el Aniversario de una de tus hijas más estimadas que cumplió 11 años de vida, de esta niña mujer que tú la hiciste nacer junto a otros colegas de la Inmortal pluma, aquel 7 de Septiembre de 1995. Te hablo de la hermosa UNPE.

Sólo puedo entender una cosa, amigo: ¡No hay nada casual en esta vida!
Hasta el encuentro

Tu amigo Freddy Sanjinés M.

La musa ha dejado que una añil lágrima descienda por su mármoleo rostro al sentir en lo profundo de su sentimiento un grito de dolor que presagió el canto último del pujante trovador. Es que el marcharse Alberto Guerra Gutiérrez, nuestra tierra ha reclamado sus restos para que sean simiente y luego árbol, como él manifestaba en sus versos.

Su voz no se ha estumado aún de nuestros oídos y en el sentimiento del recuerdo brilla en los albores de nuestros ancestros más puros que evocan las tejantas de esta puna, sorprendente en sortilegios y rítmica de inspiración andina.

Evocarlo es dejar que los geniecillos que moran en nuestras delgadas telúricas lluyan de las entrañas lítreas llevando las roncadas voces de los titanes dormidos de los vientos. Es concebir en el torrente de nuestra sangre a las gotas de nuestros ríos, los lagos y salares reverdeciendo a los astros de la vida.

Brilla su imagen en la distancia sorprendiendo con sus destellos a los arenales que parecieran arrancar al Astro Luz las intimidades de sus proféticos designios, mezcladas en las huellas solariegas de los crepúsculos rosáceos de la vida.

Parte de esta cosmogonía mágica, es y será la obra inmensa de Alberto Guerra Gutiérrez, que fue estandarte pleno; de gran contenido social y artístico; con sentimiento y una voz inelma que reclama y pide justicia para el que no puede, para el que no tiene.

Y se ha dicho que él es como un árbol que va recubriendo de sapiencia su tronco y que retorna en flores y semilla en la próxima primavera. Vuela su grano a incrustarse en otros campos de los que brotarán nuevas malas que deberán crecer un día o perecer en la hoguera más sumisa de quien necesita calor, alimento y consuelo.

En su poema "Origen" escribe: "Antes de venir al mundo / mi corazón ya fue latido / quiso ser árbol, después estrella / y ascendió tanto en su afán / que llegó a ser niño"

Es mejor ser leña, que transforma la materia y renueva al próximo amanecer de Orión; a perderse en el otoño que no retorna y que deja en los labios sabor a tristeza. Es sentir la débil piel del niño, convertida en escamas de iguana azul que desea escapar del cautiverio.

Y ante la tormenta, qué mejor que encontrar una poesía que nos retoma a la esperanza, al consuelo y a la apatencia de la ilusión más sobria. Es mejor sufrir junto a un poseído, al monibundo del alma, al sediento de los en sus corolas.

Se podría decir que Alberto Guerra Gutiérrez fue un árbol porque él mismo nunca se cansó de repetir ¡Mi madre es un árbol! / Mi madre es esta savia de amor, / de luz y de ternura. / ¡Mi madre es este árbol! / y está en el centro de mi casa...!"

Busquemos la sombra de sus ramajes, y un día estemos todos juntos otra vez, creando un gran bosque en el que podrán cobijarse los moribundos del alma, los sedientos de la vida y tú, que siempre habrás de buscar el amparo.

Descansa en las suaves nubes del Olimpo, hermano Alberto, y siente los cantos ocultos que brotan de los cielos ignotos. Haz tu poesía con el vuelo de los ángeles y borda el Arco Iris con tus sonetos, para que en cada aurora al mirar el Astro luz sintamos que callentas nuestra mentes con lo más puro de tus sueños. Seamos aves, ríos y campos que se refugian en la sombra de ese árbol.

Descansa en paz, amigo Alberto.

Jorge Encinas Cladera.



"La muerte no existe cuando trasciende la vida"

(Suyara)

En la última reunión mensual de la U.N.P.E. (Agosto), me ofrecí acompañar a su casa a Don Alberto Guerra. En todo cuanto hablamos mientras caminábamos bajo la bondad de la diosa luna que nos destellaba protección y, junto al poder del viento que nos movía en sus fuertes caricias; en la breve despedida y su muy particular sonrisa me fijó el recuerdo de estas palabras: "ES LA PRIMERA VEZ QUE UNA DAMA ACOMPAÑA A UN CABALLERO A SU CASA" me dijo con el más amable agradecimiento. Le respondí que la agradecida era yo, y que fue el mayor placer y honor.

Su gentileza y cuidados—como el de un padre discreto que protege a su hija de la noche incierta—, advertí cuando a media cuadra di vuelta para cerciorarme de su entrada. Los dos nos descubrimos pues él esperaba que tomara el taxi que le mentí. Al darme cuenta de su preocupación, quedé visible en la esquina de su cuadra fingiendo esperar el supuesto taxi; y él, al percatarse de ello, recién volteó su esquina a la verdadera puerta para entrar.

Aún está ahí, aguardando todavía... en la casa de "altos ventanales" junto al "árbol de ramas jóvenes". La noche ya no me es incierta, pues lleva su nombre y sabe a verso.
Gracias Don Alberto... Y que goce la paz del cielo de los Poetas.

Miriam Montaña Némer